

OBITUARIO

LOS OFICIOS DE DON LUIS LUIS GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ (SAN JOSÉ DE GRACIA, MICHOACÁN, 13 DE OCTUBRE DE 1925- 13 DE DICIEMBRE DE 2003)

Más de una vez Luis González dio razón de su oficio y beneficio. La introducción a la primera edición de *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia* (El Colegio de México, 1968, pp. 11-26), “La pasión del nido” (*Historia Mexicana*, vol. xxv:4(100) (abr.-jun.), 1976, pp. 530-598), *El oficio de historiar* (El Colegio de Michoacán, 1988) y, sobre todo, como relato intencionadamente autobiográfico, “Minuta de un viaje redondo” (en Jean Meyer (coord.), *Egohistorias. El amor a Clío*, México, Centre d’Etudes Mexicaines et Centraméricaines, 1993, pp. 57-81) son páginas que nos dejan sin qué decir. El autor de obituarios cumple bien al remitir a los lectores a esos textos y, para quienes quieren más, a la riquísima bibliografía de Luis González que habrá de ponerse en circulación por editoriales de instituciones beneficiarias de su obra.

Sin embargo, la gratitud obliga a valorar su presencia al destacar aquello que, a riesgo de entrar en desacuerdo con colegas y discípulos, nos parece el rasgo sobresaliente de su obra: el optimismo intelectual como factor del conocimiento, algo que está presente en su primer trabajo publicado y que se hallaría en otros escritos, concretamente en los que habló de su labor de fundador y director de instituciones académicas.

En efecto, su primer texto de alcance mayor (nada sabemos hasta ahora de los pininos en periódicos y revistas del bachillerato y de los dos primeros de estudios de derecho en Guadalajara) se llamó “El optimismo nacionalista como factor de la independencia de México”; fue un trabajo de clase para el curso de Historiografía de América que impartió Silvio Zavala en el Centro de

Estudios Históricos de El Colegio de México en 1946, año en que se incorporó al Centro el veinteañero Luis González, recién reclutado en Guadalajara. Traía en su haber experiencias de su San José de Gracia, del servicio militar que cumplió acuartelado en México, y estudios de preparatoria y primeros cursos de derecho, de lo que da cuenta en la "Minuta de un viaje redondo". "El optimismo nacionalista..." se publicó dos años después en *Estudios de historiografía americana* (El Colegio de México, 1948, pp. 153-215). Es evidente que el trabajo fue corregido y quizá reelaborado para la publicación, pero aun así sorprende la madurez alcanzada por un joven historiador que con escasos 23 años dio a la prensa las páginas de un estudio que ganó justa celebridad y que mucho después el mismo autor se encargó de minimizar y entregó la obra en una versión abreviada y sin aparato erudito ("El optimismo inspirador de la independencia", en Luis González y González, *La magia de Nueva España*, México, Clío, El Colegio Nacional, 1995, pp. 129-147, "Obras Completas de Luis González", III). Como quiera que sea, la versión original está ahí como muestra de oficio académico y, sobre todo, de una actitud que definiría el quehacer del estudioso y del maestro de historiadores.

La actitud optimista es patente para quienes tuvimos la suerte de tratar a Luis González y compartir con él algunas de sus empresas, señaladamente los trabajos y los días de El Colegio de Michoacán, fundado en enero de 1979 y formalmente presidido por él hasta mayo de 1985, en que entregó la presidencia al terminar el primer sexenio de la institución que acaba de cumplir sus primeros 25 años. Esa actitud se dibuja más claramente cuando recordamos la forma en que José Gaos apreció "El optimismo nacionalista como factor de la independencia de México", en un curso de Filosofía de las Ciencias Humanas, impartido en el segundo semestre de 1964 en el auditorio de El Colegio de México, situado entonces en el número 125 de la calle de Guanajuato.

En su magistral análisis fenomenológico de las ciencias del hombre, Gaos advertía que la ciencia se ofrecía como cuerpo de expresiones verbales, y para ilustrarlo con un ejemplo cercano tomó el susodicho artículo de Luis González, cuyo texto analizó frente a regocijados oyentes entre quienes se encontraba el autor, preocupado por las deficiencias que temía fueran a resultar de tan riguroso análisis.

No fue así, el texto cumplió cabalmente con la exigencia de las ciencias humanas, materia de exposición en las lecciones anteriores del curso, y hubo más: Gaos mostró cómo en las ciencias del

hombre es más difícil, y en la historiografía prácticamente imposible, abstraer o separar al sujeto cognoscente del objeto conformado por el conocimiento; advertía que en el caso concreto del texto analizado el optimismo y sus consecuencias sólo podían destacarse por quienes que por su actitud fueran capaces de concebirlo y comprenderlo para verlo actuar en la procura de la independencia. Así, para estudiarlo como lo había hecho Luis González en la historia de México, era menester partir de una concepción optimista de la patria, algo que no ocurrió ni ocurriría, según Gaos, en Puerto Rico, ejemplo cercano para él entonces, debido a los dos últimos viajes a la isla (donde dictó cursos y conferencias memorables).

Sea lo que fuere, nos parece que Gaos dio de lleno en la personalidad de Luis González, un optimista capaz de superar los temores del crítico agudo que fue y salvar su obra de la que, sin el optimismo, hubiera sido implacable censura (maestros recordamos, nombres no decimos). Fue este impulso el que le llevó a definir ese personal estilo que se manifestó plenamente en *Pueblo en vilo* y cuya formación hay señales claras en el primer libro compuesto y en gran parte escrito por Luis González: *La República restaurada. Vida social* (Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México. La República restaurada. Vida Social*, por Luis González y González, Emma Cosío Villegas y Guadalupe Monroy, México, Buenos Aires, Hermes, 1956). El lector de esta obra hallará en el amplio texto de Luis González el lenguaje suelto que se definió años más tarde a costa de desvelos y de superación de temores, pues Luis González era nervioso, aunque no lo pareciera. Que se enfermó de veras cuando iba a entregar a don Daniel el texto de la vida social de la República restaurada, nos lo platicó en alguna de esas conversaciones, en las que dejó ver que la seguridad se gana a costa de muchos miedos y con la ayuda indispensable de la crítica y corrección constantes.

En 1967, cuando se discutió el manuscrito de *Pueblo en vilo*, anunciado entonces como "Historia universal de San José de Gracia", Luis González confesó su temor a tres críticos: Antonio Alatorre, José Gaos y Daniel Cosío Villegas. Los tres resultaron entusiastas partidarios de la obra, sobre todo frente a la crítica de Rafael Segovia, quien apuntó los excesos de un lenguaje personal, a lo que Gaos respondió señalando que la obra debía publicarse tal como estaba, pues era inconcebible sin aquel lenguaje que daba idea del conocimiento personal, de la historia que estaba en la preocupación y en la ocupación del autor.

Lo cierto es que ese estilo personal se venía definiendo, pero cuajó gracias a que el autor contó con el tiempo y el ambiente familiar pleno. Fue un año sabático, de 1966-1967 (siete meses en realidad) en San José de Gracia en el que se decidió a dejar de lado un estudio sobre las crónicas de la conquista de la Nueva España, prometido hacía mucho tiempo, para entrar de lleno en lo que tenía enfrente y le reclamaba toda su atención. En este quehacer fue definitivo ese orden, posible sólo cuando se sabe uno dueño del espacio, de los días y de un tema propio, y cuando se cuenta con la crítica y corrección oportunas que da un cauce seguro al entusiasmo. De esto nos habla en la introducción a la historia universal de San José de Gracia que vino a llamarse *Pueblo en vilo* por sugerencia, según platicaba, de Víctor Urquidí en el escrutinio de una lista de muchos posibles títulos.

No puedo dejar de citar el párrafo en el que describe la jornada del historiador que "sin proponérselo, había cumplido más de 35 años".

Desde el cuarto de trabajo se divisa el panorama de los techos de teja, las torres de la parroquia, el jardín, la montaña de Larios y el cielo azul desde que renacen cada día. Junto y escribo en el sosiego de la madrugada; de las cuatro a las nueve. En la tarde, Armida toma las hojas escritas por la mañana; corrige deslices, propone enmiendas, mete mano en todo lo que considera indispensable y se pone a teclear. A causa de Armida no me siento responsable único de estos apuntes (p. 24).

El regreso a México en 1967 fue difícil. En la ciudad era imposible recuperar la continuidad en el trabajo propio. La reaclimación fue posible a costa de insomnios, más que de madrugadas, y de una reasunción de la enseñanza cada vez más escéptica. Luis González decía que para formar historiadores había que partir de la vocación manifiesta en la investigación; los cursos eran convenientes, pero no indispensables; en todo caso, debían formar parte del diálogo continuo que podía darse en el café, en el parque, en la calle, pero eso sí, siempre antes o después de ejercitarse practicando diariamente de tres a seis horas una intensa y saludable gimnasia intelectual, tal como lo recomienda en *El oficio de historiar*, que vino a ser, según él, la puesta en claro de los apuntes de clases impartidas a lo largo de muchos años en la Universidad Nacional, en la Iberoamericana, en la Escuela Nacional de Antropología e Historia y en El Colegio de México y El Co-

legio de Michoacán. Tengo para mí que este libro es expresión del quehacer más continuo de Luis González, *el oficio de optimar*. Para ejercerlo a plenitud construyó taller aparte, El Colegio de Michoacán.

Puede el lector de *El oficio de historiar* darse cuenta de la trama optimista, a veces desconsideradamente optimista, de la obra cuya primera edición se terminó de imprimir el 19 de marzo de 1988, justo al cumplirse los 100 años de San José de Gracia en cuyo festejo andaba don Luis. El don lo ganó como empresario académico en Zamora, Michoacán, donde logró convocar y hacer crecer a una comunidad intelectual ejemplar por muchos conceptos y de la cual dio razón en textos que revelan ese oficio de optimar. Se trata de los informes que rindió ante la Asamblea de Socios Fundadores y la Junta de Gobierno de El Colegio de Michoacán y de otros escritos muy significativos, en los que ponderaba la excelencia de su empresa, de los trabajadores y de las posibilidades, proponiendo un modelo a seguir. El Colegio de Michoacán, se inspiraba en "El estilo Colmex de estudios superiores", como lo llamó en un escrito de circunstancia, por demás significativo, pues sobre la corta experiencia de menos de tres años de El Colegio de Michoacán (se trata de una ponencia que presentó en 1982), lanzaba un mensaje prometedor, contrarrestando los anuncios de recortes y cancelaciones presupuestales que amenazaban a los Colegios nacientes y a todas las instituciones académicas. Enunciaba todo un proyecto y lo afirmaba así:

Concibo los colegios de investigación futuros de cortas proporciones, bien amparados desde el punto de vista económico, sin otra dependencia del poder que la económica, repartidos en las diversas regiones de la República, con abundantes bibliotecas y equipos técnicos, como una fuerte corporación de alumnos y docentes de tiempo completo, con el participio de estudiantes en las tareas investigativas y aún en las administrativas, con planes de estudio sólidos del trabajo conjunto de maestros y aprendices, con muchas horas de biblioteca, archivo, trabajo de campo y discusión, en abundantes publicaciones y poco ruido. No por corta la tradición de El Colegio de México [andaba entonces en sus 42 años] deja de ser digna de continuidad. La buena experiencia del estilo Colmex de vida universitaria ha sido tan fértil que no se puede prescindir de ella en el futuro próximo. Por eso imaginamos, para bien de las ciencias del hombre en México, a éste país muy bien surtido de colmexes, de colegios en cada uno de los estados de la República, pequeños, confortables, libres, con buenas bibliote-

cas y unidades de cómputo, en estrecha relación con su entorno, en perpetua armonía de maestros, discípulos y administradores, sin tabúes en la investigación, interdisciplinarios, dialogantes, con dosis convenientes de aislamiento y comunicación, de pensamiento y vida. (Luis González y González, *El estilo Colmex de estudios superiores*. México, Coordinación de Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1982, "Pensamiento universitario", 57, noviembre de 1982.)

Y en ese tono, matizado por la ocurrencia y circunstancia de los hechos, escribió los seis informes anuales que leyó ante la Asamblea y la Junta de Gobierno de El Colegio de Michoacán, ponderando logros y posibilidades lograba el consenso de quienes le apoyaron desde un principio y aún el de algunos malencarados funcionarios que llegaban con ánimo de cortar y fastidiar, o simplemente de que no se hiciera nada, como suele ocurrir en muchas partes de nuestro país.

Mucho podría decirse sobre los avatares de la administración, cada vez más complicada por obra de exigencias externas que en nada han beneficiado a las instituciones académicas. Pero sin obviar este problema, más bien con ánimo de superar obstáculos, proponemos la publicación de los informes de labores que rindió Luis González como presidente de El Colegio de Michoacán. Veríamos en ellos la prueba fehaciente del optimismo que le atrajo como objeto de estudio en su primer trabajo histórico, y que inspiró su quehacer de concertador de voluntades y posibilidades. El conjunto de esos informes y de otros textos en los que dio razón de su empresa académica pone en claro su indiscutible maestría en *el oficio de optimar*.

Andrés Lira
El Colegio de México